

hasta qué punto son extraños uno á otro aquel hombre y aquel niño, y profundamente conmovida por el admirable y omnipotente instinto maternal, se ruboriza, siente en las orejas un ardor de vergüenza... Dios mío ¿en qué pensaba antes?

Entonces levantándose atrae á Armando á su lado, pone con gesto acariciador una de las manos sobre la cabeza de su hijo y con voz tranquila y los ojos bajos dice al coronel en pie delante de ella:

—Debo á usted una respuesta, mi querido señor de Voris y será tan leal como su pregunta. Creo... sí, creo que debe usted volver á Argelia.

Y habiendo saludado respetuosamente, el coronel se aleja con paso firme como un soldado á quien su jefe manda ir á hacerse matar y va.

Decididamente la hermosa señora de Bernard no se volverá á casar.

### III

A partir de aquella hora decisiva el amor de la viuda á su hijo aumentó en razón directa del sacrificio que había hecho por él y se hizo aun más apasionado, casi celoso. No podía pasar sin la presencia de Armando. Necesitaba, sino tenerlo siempre á la vista, por lo menos saber que estaba en la casa, cerca de ella. Sufría con sus ausencias que, sin embargo, eran muy cortas, porque no iba al colegio más que á las horas de clase y muchas veces presa del deseo de verle media hora antes, pedía su carruaje y se hacía llevar á la puerta de Luis el Grande. Llegaba allí con mucha anticipación, se impacientaba

y dirigía á la puerta miradas propias de una enamorada que llega la primera á la cita. Por fin oía el redoble del tambor que anunciaba la terminación de las clases y si el adolescente salía de los últimos padeecía realmente, pensando casi en reprenderle por no haber presentido que ella estaba allí. Le hacía subir en la berlina, le abrazaba para besarle en la frente como si volviera de un largo viaje y durante todo el trayecto hasta su casa, le retenía en sus brazos como un avaro en posesión de un tesoro.

Algunas veces Armando salía del colegio riendo y hablando con un compañero, y la señora de Bernard, súbitamente inquieta, le dirigía mil preguntas apremiantes: «¿Cómo se llama? ¿Quién es? ¿Qué hacen sus padres? ¿Le quieres verdaderamente por amigo?» Y si Armando, con el entusiasmo fácil de su edad, hablaba calu-

rosamente de su joven condiscípulo, elogiaba su talento ó su bondad, la viuda experimentaba una sensación penosa y desconfiaba ya del desconocido que la usurpaba un poco de su hijo. Esto era injusto, lo sabía y se lo reprochaba. ¿No debía por el contrario regocijarse de que Armando fuese afectuoso y expansivo con sus amigos.

—Invita á ese joven á venir á casa— decía haciendo un esfuerzo;—yo tendré mucho gusto en recibirle.

Y cuando volvía á ver al camarada trataba de parecer muy amable, como para castigarse por su mal sentimiento. Pero no lo conseguía completamente. Aquello era superior á sus fuerzas y no volvía á entrar en posesión de sí misma hasta que el otro se había marchado y tenía otra vez á su hijo en cuerpo y alma para sí sola.

Armando se daba cuenta perfectamente

de lo que tenía de exclusivo y receloso la ternura de su madre, porque todo en él se había desarrollado prematuramente, lo mismo la inteligencia que la sensibilidad, tal vez á causa de la educación especial de su infancia, muy solitaria, y muy mimada entre las faldas maternas.

No quedaba ya en aquella naturaleza privilegiada ninguno de los instintos egoístas, brutales é ingratos que son naturales en todos los niños. Aquel chico extraordinario que hacía estudios brillantes y recogía jugando todos los laureles universitarios, comprendió, excusó y admiró el corazón maternal que lo amaba con un amor tan agudo, hasta el sufrimiento, y no le tocó sino con una mano compasiva y ligera y con todas las delicadezas de un hombre hecho.

La señora de Bernard experimentó una alegría inmensa cuando comprendió que

era tanto y tan bien amada. Entonces se acusó de absorber á su hijo y quererlo con demasiado exclusivismo. Atrajo á su casa y recibió con bondad á los compañeros de su Armando y quiso darle más libertad. Pero lejos de abusar de ella, como hubiera hecho otro adolescente, él redobló su asiduidad y sus tiernas atenciones de buen hijo.

Uno de sus mayores placeres era salir por las calles á pie del brazo de su hijo. Éste acababa su último año de colegio y era ya un joven esbelto y agradable que vestía con natural elegancia. En cuanto á la señora de Bernard, había franqueado victoriosamente los treinta y seis años. Muchas cabezas se volvían á su paso, pero la hermosa viuda no reparaba que los hombres la miraban con encanto, ocupada en buscar en el rostro de las mujeres que se fijaban en su hijo esa leve sonrisa que

decía claramente: «¡Guapo muchacho!» Él parecía que no reparaba en ello, y era una satisfacción más para la madre pensar que su querido hijo, tan inteligente, tan precoz, era al mismo tiempo tan puro y desconocía sus propios atractivos.

Muchas veces pensaba en esa crisis solemne de la pubertad, en esa temible metamorfosis que hace un hombre del adolescente. Sí, llegaría un día—día maldito—en que su Armando amaría á otra mujer más que á ella y de distinto modo. Este pensamiento la hacía padecer tan dolorosamente que, llena de cobardía, no quería detenerse en él y procuraba desecharlo. Seguramente más tarde,—¡oh! pero mucho más tarde,—cuando Armando tuviese una carrera, se casaría. Esto era natural. Y entonces ella sería razonable y le ayudaría á escoger una compañera que pudiera hacerle feliz. Pero la

querida, la ladrona de corazones jóvenes, la que roba un hijo á su madre y se lo devuelve con los sentidos perturbados y los ojos marchitos, esa era para la rencorosa hija de Córcega, para la casta viuda del brutal calaverón, para la madre exigente y celosa, una enemiga odiada de antemano en la cual no podía pensar sin rechinar los dientes y temblar de cólera.

#### IV

La misma señora de Bernard había introducido en su casa aquella rival futura en el momento en que su hijo acababa de cumplir los veinte años y empezaba sus estudios de derecho.

Se llamaba Enriqueta Perrin y era una simple costurera á domicilio. Una amiga de la señora de Bernard, persona sumamente caritativa, había recomendado eficazmente á la joven. Apenas contaba diecinueve años, era huérfana de padre y madre y no tenía para vivir más que lo que ganaba—tres francos diarios y la comida,—y aun encontraba medio, con tan po-

bres recursos, de ayudar á una tía muy anciana con quien vivía. La señora de Bernard quedó seducida desde luego por aquella linda muchacha, tan decente y vestida con el gusto instintivo de las jóvenes de París, que parecen damas con un traje de setenta y cinco céntimos el metro, confeccionado por sus manos industriosas. La obrera conquistó también la amistad de Leontina, la antigua criada de confianza, que dió acerca de ella á su señora los informes más favorables.

—¡Pobre chica!— decía á la señora de Bernard.—Viene á pie desde lo último de Vaugirard á las ocho de la mañana y en ayunas. Yo le doy su café con leche y en seguida se instala en la salita al lado de la ventana, tranquila y calladita, y sin hacer más ruido que un ratoncillo. Es la señorita Silenciosa. Todo el día tirando de la aguja, cose que te cose. ¡Y bonita!...

¿Ha reparado la señora sus cabellos rubios? Y un talle que se puede coger con las dos manos... Como la señora lo ha permitido, le llevo su comida al velador... Porque la señora tiene razon: para una muchacha no es conveniente la cocina ni la sociedad de los criados. Come con mucho aseo, sin dejar caer ni una miga de pan. Entonces charlamos un rato. La pobre pasa bastante. Figúrese la señora que á no ser por ella su tía estaría á estas horas con las viejas tabacosas que van á tomar el sol delante de la Salpêtrière. Tan joven, tan animosa y ya con obligaciones. ¡Da lástima!

La señora de Bernard tuvo ocasión de conocer por sí misma que la joven merecía estos elogios, encontrando siempre en ella una muchachita dulce, tímida, laboriosa é interesante, y para demostrarla su aprecio le aseguró tres días de trabajo á

la semana. Tomó la costumbre cuando atravesaba el saloncito de ver cerca de la ventana aquella linda cabecita rubia, inclinada sobre la costura, y se detenía para dirigir á Enriqueta algunas palabras benévolas. Cuando no la veía en su sitio la echaba de menos y pensaba con disgusto:

—Hoy no le toca venir.

Así pasaron algunos meses, hasta que la señora de Bernard recibió una carta mal escrita y sin ortografía en que Enriqueta se despedía de ella, dándole gracias por sus bondades y anunciando que había encontrado ocupación constante en casa de una modista de mucha fama.

—Hubiera podido venir á decirlo ella misma—pensó la señora de Bernard con alguna extrañeza.—Creo que he sido demasiado buena con ella... Después de todo, el tiempo es precioso para esas gentes, puesto que con él ganan su vida.

Tanto mejor si ha encontrado una buena colocación.

Y no se acordó más de ella.

Pero algunos días después, habiendo entrado en el cuarto de su hijo para renovar las flores de las jardineras, vió una carta tirada en la alfombra, la recogió para dejarla sobre la mesa, miró distraídamente el sobre, leyó el nombre de Armando Bernard y reconoció con asombro la caligrafía infantil de la obrera. Una sospecha súbita heló su corazón. ¿Tenía ó no el derecho de leer aquella carta? No se detuvo más de tres segundos ante este escrúpulo. Se trataba de su hijo, por quien ella hubiera cometido un perjurio, una muerte, un crimen cualquiera. Sacó vivamente el papel del sobre, lo desdobló y leyó estas palabras, que le quemaron los ojos como un chorro de vitriolo:

«Armando mío: ven á esperarme esta

noche á la salida del almacén. Pasaremos *la velada* juntos.

»Te adora

»ENRIQUETA.»

Congestionada, como herida de un rayo, con una sensación de fuego en la cabeza, las rodillas tronzadas por el choque de la emoción, la señora de Bernard cayó en el sillón de estudio de su hijo.

¿Con que lo que ella temía, lo que osaba apenas prevér—y solamente en un porvenir lejano—era un hecho consumado? ¿Su hijo tenía una querida? ¿Y quién? ¡La costurera de la casa! A poco más la doncella ó la fregona! Sí; su Armando, á quien la víspera creía puro como una primavera, su delicado y aristocrático hijo, pálido y endeble, que tenía el aire de un príncipe de sangre real, pertenecía á una mozuela de los barrios bajos, á una chi-

cuela del arroyo de París. Sin duda la amaba y quizás había llenado de besos aquella horrible carta, que estaba escrita como una cuenta de lavandera. Y ¡ella no había visto, ni sospechado nada! ¡Ciega! ¡Estúpida!

¡Cómo! ¿Ella misma con su imbécil bondad había dejado penetrar bajo su techo y protegido á aquella bribona? Y aun había más que eso. Entonces recordaba que ella misma había llamado la atención de Armando sobre la obrera, hablando de Enriqueta delante de él con simpatía. Y para esto había consagrado á Armando todos los minutos de su existencia, para esto había sufrido sin quejarse los largos años de ultraje y de abandono de su matrimonio, para esto había renunciado á la esperanza, á la seguridad de la dicha alejando al coronel Voris! Para que aquel hijo, vigilado como el tesoro de un avaro, cuida-

do como una flor de estufa, salido de sus entrañas, de su abnegación, de su amor, fuese en un instante, al primer llamamiento del sexo, al primer despertar de los sentidos, el regalo de una griseta, el capricho y el entretenimiento de una perdida. ¡Y había tenido la candidez, la bestialidad de creerle mejor que los demás hombres! ¡Bah! Bien se veía que tenía en las venas la sangre de su padre, la sangre del vicio y del desorden que daba á Bernard apoplejías de deseo delante de la más zafia maritornes.

Anonadada, afligida, con un mundo de amargura y de disgusto en el corazón, la señora de Bernard des Vignes permaneció sentada, con los ojos fijos en la carta fatal, en aquel gabinete, donde todo—los muebles elegantes, la luz discreta, los libros bien encuadernados, hasta el delicado perfume de pequeños objetos de cuero

de Viena, puestos en orden sobre el escritorio—todo recordaba las costumbres refinadas, la infancia pura y estudiosa de su hijo. Y aquella carta que tenía en la mano, carta parecida á un lagarto que se encuentra en la arena fina y limpia de un parque inglés, aquella carta que apestaba á pueblo, garrapateada en un papel comprado en la tienda de comestibles, con sus groseras faltas de ortografía y su letra vulgar de chico de escuela, producía algo así como náuseas á la honrada y pulcra dama.

De repente entró Armando con su cartera de estudiante debajo del brazo, aturdido, ligero, con un relámpago de juventud en los ojos y sorprendido al encontrar á su madre en su cuarto.

—¡Calle! ¿Estás aquí?—exclamó alegremente.—Buenos días, mamá.

Pero la señora de Bernard se había le-

vantado rígida y pálida. Tiró la carta de Enriqueta en el escritorio, y la mostró á su hijo con el dedo tembloroso, y con una voz para él desconocida, con una voz de timbre metálico, voz de indignación y de cólera, le dijo:

—La he leído. Otra vez cuida de no tirar las cartas de tu querida.

Y añadió sofocada de ira:

—¡Semejante perdida!

Y dejando al joven estupefacto y rojo de vergüenza, la madre irritada, salió dando un portazo.

---

## V

Sin embargo, aquellos pobres chicos eran muy dignos de indulgencia.

Lo mismo que su madre, Armando, cuando atravesaba el salón, se había interesado por aquel lindo rostro que se inclinaba para saludarle. Mas era tan inocente que no había reparado en la mirada rápida, pero muy tierna, que le dirigía al paso, ni en el rubor que subía á las mejillas de la obrera. En cuanto á ella, la primera vez que vió á Armando—súbitamente, sin defenderse—quedó enamorada de él y aquel joven guapo y delicado, de gestos armoniosos, de ojos ardientes y dul-